

En su obra «Sobre el derrumbe de nuestro tiempo» Sábato afirma que el hombre no es «ni simple razón pura ni mero instinto», ambos atributos deben «integrarse en los supremos valores espirituales que distinguen a un hombre de un animal». Esto nos debe hacer luchar por una nueva síntesis: no debemos desterrar la razón y la máquina, sino relegarlas a sus zonas debidas. El hombre tiene que dominar la ciencia y la máquina; si no, éstas bien pueden sujetarlo a él.

Sábato quiere decirnos que el hecho básico es el hombre con el hombre. La existencia es una relación entre el ser humano y su prójimo. Nos dice que no estamos completamente aislados, y que los momentos de solidaridad que experimentamos ante la belleza o ante el dolor son puentes que unen a los hombres o impiden la sujeción de éstos por la soledad y la desesperación. Esto es lo que le lleva a luchar, a pesar de su visión melancólica. «Aunque mortales y perversos —escribe— los hombres podemos alcanzar de algún modo la grandeza y la eternidad. Podemos levantarnos una y otra vez sobre el barro de nuestra desesperación.»

NI PROLETARIO NI ESTETA, PERO CON ALGO DE AMBOS

«¿Qué es un creador?», es un interrogante que Sábato se plantea en «El escritor y sus fantasmas», y responde: «Es un hombre que en algo perfectamente conocido encuentra aspectos desconocidos. Pero, sobre todo, es un exagerado.» Frente a la lírica-metafísica contenida y equilibrada en un Borges o las sutilezas de Cortázar, Sábato nos aparece como un violento y desatado, lleno de franqueza, expresión directa y espontaneidad de ideas y sentimientos.

«Sábato llega a la literatura argentina de hoy —escribe M. Durán en su ensayo "La literatura argentina de hoy"—, ni proletario ni *snob*.» Ex comunista, ex hombre de ciencia, ex surrealista, llega al mundo de las letras como miembro de una generación que quiere, ante todo, superar el callejón sin salida de la ciega oposición entre el grupo *snob* de la calle Florida (cuyo prototipo parece ser Jorge Luis Borges) y el grupo proletario de la calle Boedo (cuyo arquetipo fue Roberto Arlt). A medio camino entre los dos. Durán señala que quizá más cerca del segundo que del primero, pero con una conciencia artística y metódica que Arlt no tuvo. «Ni proletario ni esteta —añade—, pero con algo de ambos, Sábato ha renunciado a sus diversas posiciones sin renunciar del todo a ellas.»

«Soy un latinoamericano y, por tanto, alguien doblemente atormentado», dice Sábato de sí mismo. Es la confesión de un desterrado

espiritual, consciente, muy consciente de sus innumerables contradicciones íntimas, que se expresan en una visión agitada y hasta turbulenta, de las relaciones humanas y de los vínculos entre el hombre y las circunstancias. Siguiendo la expresión unamuniana, a Sábato podemos considerarle «escritor agónico o agonista», quien describe la condición del hombre en medio del caos actual. Sus temas preferidos son la soledad, el absurdo, la muerte, la desesperación, pero también la esperanza.

En «Síntoma de una época», Salomón Llip destaca que el clima espiritual que caracteriza el ambiente actual de la Argentina se refleja en la obra de Sábato. «El pueblo argentino —dice— parece haber sido engañado. Es escéptico, pesimista, hasta cínico. Este desaliento ha infiltrado en todos los niveles de la vida. Por eso, el rasgo actual parece ser la angustia.» Este angustioso meditar acerca de la criatura humana y su atormentada existencia y la necesidad de asumir una acción responsable, ya la encontramos en otros autores como es Eduardo Mallea. «El escritor-agonista —escribe Mallea en "El sayal y la púrpura"—, realiza su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia. »Y en su «Historia de una pasión argentina» dice: «La creciente angustia metafísica se mezclaba en mi ánimo al espanto y la execración hacia los hombres impuros, hacia los falsificadores.»

En este sentido, Francisco Ayala, escribe después de visitar Buenos Aires en 1962: «El estado de ánimo que pude hallar entre mis amigos y conocidos cuando llegué a Buenos Aires era de un abatimiento inmenso, con todos los matices que van desde la cólera al cinismo.»

ANSIEDAD, ANGUSTIA, MIEDO Y UN RESQUICIO DE ESPERANZA

Cualquier persona que se haya parado a pensar sobre los problemas de este mundo ha experimentado la ansiedad y la angustia de sentirse ajeno y aislado. Pero existen otra angustia y otra ansiedad, que no hace referencia al cosmos, sino al mundo social en que vivimos, nos movemos y somos. Esta ansiedad, que es la que refleja Sábato, se caracteriza por el miedo, el escepticismo y pesimismo con respecto a nuestro porvenir.

Sábato parte del punto de un proceso que comienza en una época dogmática, armónica y bien estructurada, que es la Edad Media, y finaliza en la época actual, llena de incertidumbres. «Estamos en la noche metafísica —dice Sábato—, solitarios y angustiados. El mundo

que hemos construido corre el peligro ahora de derrumbarse.» También en *Hombres y engranajes* recuerda que en los últimos cincuenta años ya hemos presenciado dos guerras mundiales, dictaduras totalitarias y campos de concentración. Todo esto nos ha revelado la clase de monstruo que hemos creado. «El siglo XIX —dice Sábato—, siglo de optimismo, de una ciencia arrogante, del Progreso de las Ideas, nos ha llevado al siglo XX, siglo de carnicerías mecanizadas, del asesinato en masa de judíos, del fin del liberalismo. Hemos aprendido trágicamente que la ciencia no es buena en sí misma, que no garantiza nada, que lo que falta son ideas y valores éticos, que somos gigantes técnicos e infantes éticos.»

Pero a pesar de las guerras, la miseria humana y las características negativas del ser humano, seguimos luchando, seguimos viviendo. Nuestra existencia parece estar basada en una esperanza perenne. Así lo piensa Sábato y así lo hace expresar a Bruno, uno de los personajes de *Sobre héroes y tumbas*: «Si la angustia es la experiencia de la Nada..., ¿no sería la esperanza la prueba de un Sentido Oculto de la Existencia, algo por lo cual vale la pena luchar? Y siendo la esperanza más poderosa que la angustia (ya que siempre triunfa sobre ella, porque si no todos nos suicidaríamos), ¿no sería que ese Sentido Oculto es más verdadero, por decirlo así, que la famosa Nada?»

Sábato pertenece al grupo de escritores argentinos que se han sumergido en los valores universales mediante la problemática angustiosa de su país. Pero desea que en el futuro no se le recuerde sólo como el autor sombrío de *El túnel*, sino también por su *Sobre héroes y tumbas*, donde Sábato muestra que además del dolor, de las crisis y de la perversidad humana, existe también la solidaridad entre los hombres compañeros; en fin, que existe la esperanza.

QUE NADIE PUEDA IGNORAR EL MUNDO

«La función del escritor —decía Sartre— consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente.» Citando a Brice-Parain, dice también Sartre que el escritor sabe que las palabras son pistolas cargadas. Si habla, dispara. Puede callarse, pero si ha optado por tirar es necesario que lo haga apuntando a blancos y no como un niño al azar, cerrando los ojos y por el solo placer de oír las detonaciones...

Estas condiciones de la función del escritor Sábato las cumple con creces, por eso él mismo afirma su convencimiento de que «el

escritor consciente es un ser integral que actúa con la plenitud de sus facultades emotivas e intelectuales para dar testimonio de la realidad humana, que también es inseparablemente emotiva e intelectual; pues si la ciencia debe prescindir del sujeto para dar la simple descripción del objeto, el arte no puede prescindir de ninguno de los dos términos. En toda gran novela, en toda gran tragedia, hay una cosmovisión inmanente».

Sábato coincide con Sartre en lo que éste entiende por escritor «comprometido», que es aquel que «ha abandonado el sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad y de la condición humana: el hombre es el ser frente al que ningún ser puede mantener la neutralidad».

Por todo esto puede decirse que la obra entera de Sábato está centrada en un profundo humanismo; su héroe trágico es el hombre de carne y hueso, hombre que, en cierto sentido, se nos presenta como un ser más trágico que las figuras de la tragedia griega. Y nos habla del derrumbe de nuestro tiempo, de la transmutación de los valores a partir del Renacimiento, de la crisis del hombre de hoy y de la mecanización represiva del hombre, desde el fondo de él mismo, sin alquilarse ni venderse a nadie, aunque para ello haya tenido que pagar muchas veces el alto precio de la soledad.

Su literatura y contenido ha surgido en nuestra época porque, como coinciden en decir críticos y comentaristas, no podía surgir en otra. Es ahora, en nuestra época, cuando las situaciones extremas de la muerte, el desamparo, la temporalidad, etc., aparecen como constituyentes del existir mismo, no como meros aditamentos externos y extraños. Sábato escribe: «El hombre de hoy vive a alta presión, ante el peligro de la aniquilación y de la muerte, de la tortura y de la soledad. Es un hombre de situaciones extremas, ha llegado a ésta frente a los límites últimos de su existencia. La literatura que lo describe e indaga no puede ser, pues, sino una literatura de situaciones excepcionales. Es el caso de Camus, de Green, Lagerkvist, Kafka y cualquiera de los grandes escritores de nuestro tiempo.»

En cuanto a la novela como materialización del trabajo del novelista, Sábato afirma que en toda novela representativa hay una «cosmovisión» completa. «Estos poemas metafísicos que son las grandes novelas—decía en la *Estafeta Literaria* el año 1967—no demuestran nada. Muestran una "realidad significativa", elegida y estilizada por el poeta, que así expresa su visión del mundo. Su obra es la forma mitológica que el artista tiene de mostrarnos su verdad, la verdad que él vive y sufre con toda su alma. Ni nos da una prueba, ni nos muestra una tesis, ni hace propaganda por un partido o una iglesia;

nos ofrece una significación que tiene por objeto despertarnos, sacudirnos del sueño de nuestra existencia, para enfrentarnos a nuestro duro y trágico destino.»

Ni güelfo ni gibelino, aunque a los güelfos les pudiera parecer gibelino, y a los gibelinos, güelfo. Porque Sábado es mucho Sábado.

ISABEL DE ARMAS

Juan Bravo, 32
MADRID-6